

MOTIVOS DE VIDA

Adriana Palacios Aguirre

Indiscutiblemente, los motivos de mi existencia son las personas que han llenado mi ser y le han dado una vuelta total a mi vida: mamita, hermanos, hijito mío, esto es para ustedes por ser la razón de mi vida. Gracias, Mónica Díaz de Rivera, luchadora incansable; gracias, Alejandra Montero Clavel. Esto también es de ustedes.

1

Mi despertar

En mi mente y en mi cuerpo todo está tranquilo, de repente siento sobre mi cara el encendido de la lámpara que anuncia que son las seis treinta de la mañana.

Inmediatamente oigo el horrible arrastrar de la puerta. Una mujer vestida de negro, con papel en mano, comienza a pasar lista. No importa si tengo sueño o si no dormí bien, ella continúa y yo escucho pronunciar mi nombre y debo contestar con mis apellidos.

Mis sentidos empiezan a trabajar, se comunican entre sí. Tan sólo dos segundos pasan, cuando ubico en qué lugar estoy... y, efectivamente, sigo aquí, en uno de los dormitorios del Cereso Puebla. Doy gracias por un día más de vida y un día menos de sentencia.

Las caras de mi gente se proyectan en mi mente: mi hijo, mi madre, mis hermanos, me necesitan. Este día no puede ser igual que ayer, así que debo aprender algo bueno.

El alboroto de las talacheras altera mi día. Arrastran los botes, se pelean por el lugar y se insultan una y otra vez hasta que llega la custodia a poner orden.

Ya estoy bien despierta y el tiempo indica que debo sacar mi material si es que quiero trabajar, y como no me queda de otra, me pongo mis chanclas que siempre esperan bajo la cama, salgo de mi dormitorio y veo a mis compañeras haciendo cada una sus actividades; todavía está oscuro y, sin embargo, ya veo a algunas caminando alrededor de las canchas, a otras barriendo los patios, y así para todas es una nueva jornada.

Buenos días por aquí y buenos días por allá, mientras llego a la fila del material. Me toca mi turno y vuelvo a mi dormitorio. Algunos días yo sola me animo a dar unas vueltas por las canchas, pensando que tal vez así mi cuerpo arreglará inmediatamente lo descuidado que lo tengo.

Me ubico en el dormitorio, me lavo los dientes, la cara; busco la ropa del día, pongo un poco de maquillaje en mi rostro y, cuando menos lo pienso, la lista del cambio de turno ya está en mi edificio.

Tomo unos minutos para organizar mi día: lo que voy a trabajar, lo que voy a comer y comienzo mis actividades. Cuando estoy incomunicada con el exterior, me siento incómoda, así que realizo algunas llamadas telefónicas para consolar mi ansiedad de estar cerca de los míos.

Durante el día me pongo a pensar y, como en muchas ocasiones, me cuestiono mi actual tipo de vida; me lo he reprochado muchas veces y hoy, con un nudo en la garganta, sigo preguntándome el porqué de mis actos. Jalo mis cabellos como si ellos tuvieran la culpa de mis malas decisiones.

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo tomé la primera mala decisión? ¿En qué momento el cuento de hadas se convirtió en

un cuento de horror? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo puede ser si sólo tengo veintidós años? ¡Cuántas cosas he hecho en tan corto tiempo!... El video de mi vida comienza a reproducirse en mi mente: imágenes, colores, olores y sentimientos se me revelan y así vuelvo atrás.

2

Volviendo atrás

Nací en Apizaco, Tlaxcala, el 10 de julio de 1987. Soy la segunda de tres hijos que procrearon mis padres; creo que todos fuimos recibidos con gusto, aunque alguna vez me platicó mi mamá que no pensaba embarazarse, pero al darse cuenta de mi existencia, empezó a amarme.

Fui creciendo en la clase media. Mi mamá siempre me enseñó que cuando hay, se disfruta, y cuando no, pues nos aguantamos.

En mi mente no registro ningún trabajo estable de papá; siempre tuvo empleos temporales. Si le salía algún buen “bisnes”, como él decía, pues se lo echaba y no había necesidad de matarse de obrero en una fábrica; por eso mismo en su cabeza no había demasiado estrés, así que cuando estaba con él, se mostraba lindo y cariñoso. En muy pocas ocasiones se ponía en el papel de papá enojón y por eso era como mi ídolo.

Cuando tomaba, me encantaba, pues lejos de saber el daño que esto le hacía, me enorgullecía que me dijera que me quería o que a veces se quedara dormido a mi lado. Me sentía como un gran pavo real cuando abre su plumaje y muestra sus bellos colores. Cuando les comentaba a mis amigas y a mis primas lo lindo y dadivoso que se mostraba borracho, ellas aseguraban que sus papás les pegaban cuando bebían, y temblaban de miedo al ver a sus papás en ese estado.

Entre nosotros no había una relación de padre e hija, más bien de amigos; cuando estaba conmigo, era lindo, y cuando estaba fuera, ni se acordaba de mí.

Mi mamita es todo lo contrario, la mejor madre y amiga. Ella siempre dando buenos ejemplos, trabajando y haciendo gala de su amor maternal, me muestra todos los días cómo enfrentar la vida y cómo alcanzar la felicidad cada segundo, aunque las circunstancias se opongan.

Ella no es precisamente la mujer maravilla, es un ser humano imperfecto y con muchos defectos, pero se esfuerza todos los días en eliminarlos de su vida.

Entre estas dos personas que Dios destinó para ser mis padres, me sacaron adelante, aunque en algún momento no supe cuál era el papel de cada quien ni hasta dónde llegaba la responsabilidad de uno e iniciaba la obligación del otro.

Mis primeros años de escuela fueron lindos. Estudié en varias partes porque a cada rato nos cambiábamos de casa. Mamá siempre se sentaba a revisar libros y libretas, estaba al pendiente de lo que hacía falta, aunque hay que reconocer que conmigo no le costaba porque yo era muy aplicada.

Crecer con una hermana un año mayor que yo es muy bonito, compartimos todo y nunca me sentí sola, porque ella estaba en la onda como yo y nos entendíamos muy bien. Mamá siempre nos ha inculcado el amor por la familia y por eso el nuestro es inquebrantable.

Soy de buen carácter, amable y muy carismática; así lo considero y asimismo lo reflejo, pero Claudia, mi hermana, es un poco irritable y muy broncada, casi siempre se la pasa repelando de todo lo que le toca.

Me gusta recordar cuando íbamos a una feria, a mi mamá le gustaba tenernos bien peinadas y arregladas; en esa ocasión nos compró dos vestidos con holanes casi iguales, en color morado, uno con lila y el otro con rosa, y zapatos de charol.

Yo siempre femenina, me encantaron mi vestido y mis zapatos, mis coletas, me hacían ver tierna y dulce.

Cuando llegó la hora de vestir a mi hermana, parecía una verdadera tortura, pues no le gustan los vestidos ni las calcetas con holanes ni los zapatos de charol; el colmo fueron las coletitas, más bien parecía japonesa con los ojos rasgados de lo estiradas que estaban, además le apretaban los zapatos y el vestido casi no le cerraba.

Me da mucho gusto plasmar esta vivencia en este papel y poder compartir la risa que esto me ocasionó.

Cuando fueron pasando los años, mi papá se fue haciendo más irresponsable de lo que ya era y mi mamá tuvo que emprender varios negocios desde casa para no descuidarnos; mis hermanos y yo crecíamos más y las necesidades cada vez eran mayores.

Un día mi mamá hizo tamales jarochos para el cumpleaños de mi hermana. Como no hubo mucha gente invitada, irecuerdo a la perfección!, Claudia le pidió a mi mamá unos tamales para una vecina.

Al otro día, esta misma vecina fue a preguntar si le podía hacer cincuenta tamales para una reunión que iba a tener, ya que le habían encantado. Y si de algo puedo presumir, es del buen sazón de mi mamá. El fin de semana el pedido estaba entregado; como la reunión fue dentro de la misma colonia, la voz se empezó a correr y llegaban muchos pedidos. Al final de cuentas, mi hermana convenció a mi mamá de que vendiera tamales. Comenzó con dos kilos de masa y ella se iba con las vecinas a avisar que había tamales y rápido se vendían. Llegó el momento en que ya no se daba abasto porque los pedidos eran muy grandes. Algunos fines de semana mi hermana y yo tomábamos nuestras bicicletas, y mi mamá nos acomodaba tamales bien calientitos y tapados en dos cubetas; en otra cubetita iban cucharas, papelitos y monedas para dar cambio.

A mí me daba mucha pena ofrecer o gritar, pero mi hermana tiene el don del buen comerciante y andaba feliz gritando “itamales!, itamales jarochos!” Y en un ratito vendíamos todo.

Casi la misma historia ocurrió con un delicioso flan napolitano que hace mi mamá, y así con tacos, cemitas, pollo... y todos los negocios acababan por el cambio de domicilio, y a empezar de nuevo en otro lugar, que siempre resultaba más difícil. Al final del día hacía sus cuentas y nos daba un estímulo por el apoyo y las buenas ventas, lo cual era muy agradable para nosotras.

3

Claudia y Rogelio, mis mejores amigos

En esta etapa de mi vida, Dios me permitió tener a la mejor de las amigas y además me concedió el privilegio de hacerla mi hermana.

Claudia es su nombre, y es una de las personas que más amo en esta vida, es parte de mi cuerpo; como mi propio yo en otro ser, mi amiga de aventuras y berrinches, ella sabe todo de mí y yo de ella.

A mi hermana, tal vez por ser la mayor, le tocó enfrentar la vida con más responsabilidades encima. No sé en qué momento se perdió en la vida y tomó un camino equivocado. Las drogas empezaron a tomar ventaja en su cuerpo y la fueron consumiendo poco a poco hasta dejarla en lo más vil y menospreciado; llegó un momento en que ya nadie creía en ella, ni ella confiaba en sí misma.

Si fuera una asesina, ladrona o terrorista, sigue siendo mi hermana y yo la amo con todos los defectos y virtudes que Dios le otorgó; no por hacer algo malo deja de ser mi carne y mi sangre.

Mi hermano es Rogelio y es mi orgullo. Comprendo que ya no es un bebé, sino un hombre cuyos principios tiene bien presentes; pese a todo lo que le ha tocado vivir, no tiene malos pensamientos, todo lo contrario, ha podido aprender de los errores. Él es como otra parte de mi cuerpo, y si una sola parte hace falta, ya no estoy completa.

En este momento llegó una lluvia de recuerdos a mi mente y comienzo a pensar en aquella frase de “siempre juntos”; este guijarro parlante ronda mi cabeza en todo momento. En alguno de esos días en que mi mamá ocupaba la tarde para aconsejarnos, hicimos la promesa de estar “siempre juntos”.

Desde muy pequeña nos enseñó a enfrentar los problemas, a tomar la vida con el cuidado que se merece y, lo más importante, que ante cualquier situación, y por más fuerte que esté la tempestad, mantener la calma. Recuerdo que estábamos sobre la cama mi mamá, mis hermanos y yo. Con lágrimas en los ojos, nos tomó de las manos y, colocando una sobre otra, dijo con las palabras más dulces: “Pase lo que pase, estaremos siempre juntos, fechas especiales y momentos importantes de nuestras vidas, la promesa es estar siempre juntos”.

Y así, con muchas más experiencias, fueron pasando los años. En medio de tropezones fui dejando de ser niña para ser mujer.

4

Ya soy mujer

Mi cuerpo está cambiando, puedo ver que comienza a moldearse de tal manera que me siento extraña. Mis pechos cada vez son más grandes y mis caderas más amplias, ahora necesito usar *brassiere* y el corpiño ya no es necesario, es muy incómodo; dice mi mamá que debo usarlo por mi bien. Cuando voy por la calle, puedo sentir la mirada de los hombres sobre mi cuerpo. Esto me intimida. A veces cruzo mis brazos para que no se vean demasiado mis pechos, pero el cuerpo es natural y mucho más natural es que los hombres volteen la mirada hacia una jovencita.

Ya tengo un novio y, aunque sólo es de palabra, mi mamá me apoya, como siempre. La verdad es que siento raro caminar

tomada de la mano de él cuando todavía soy muy chica, y aunque lo sé, es algo que quiero experimentar.

El momento en que experimenté mi primer beso fue lindo. Me sudaban las manos, estaba muy nerviosa. Sabía que me iba a besar. Es un caballero y espera a que mis nervios tomen la calma para disfrutar este momento. Poco a poco, roza mis labios y comienza a brindarme las bondades del amor.

Es extraño, pero me gusta; no siento pena ni remordimientos al abrir los ojos, nuestras miradas se clavan fijamente una en la otra; intercambiamos sonrisas y sigue la conversación.

No estoy enamorada. No es que él sea una mala persona, pero no estoy convencida de estar con él. Así voy teniendo novios, probando personalidades, descubriendo mis propios gustos, pues cada vez esto me agrada más, ya que me encanta ser cortejada por muchachos guapos.

Mi primera relación sexual está bien. Lo suficiente para volverlo a repetir una y otra vez; sin embargo, falta el amor y sin él no existe el placer total.

Tener dinero y belleza es la causa de mi vanidad. Con una gratificación a los de seguridad, me dejan entrar a cualquier antro de moda, aunque no soy mayor de edad. Gracias a esto puedo visitar esos lugares. Me voy familiarizando con ese ambiente.

Me agrada conocer todo tipo de bebidas, de personas, de lugares, pero creo que son demasiadas glorias a la vez, y como es de esperarse, me voy perdiendo en ese mundo. Me olvido de los esfuerzos de mi mamá para pagarme la escuela de enfermería a la que quise entrar; no me gustó y me salí sin importarme nada más.

Mientras todo ese cambio ocurre en mi vida, mi mamita dejó todas sus ventas, ya que no son suficientes para la gran vida que nos damos mis hermanos y yo.

Mi papá un día decidió formar una nueva familia, así que nos dejó todavía más a la deriva. Su relación no funcionó como él esperaba, por eso se fue a Chicago, Illinois, a olvidarse y desentenderse

de nosotros que lo necesitábamos. Para mi mamá ya era una situación desesperante, decidió cambiar de estado y comenzó a ejercer la prostitución.

Jamás he cuestionado ni reprochado su decisión. Al contrario, más la admiro y la amo porque fue capaz de superar sus propios miedos por amor a sus hijos. Dios tiene un propósito para nuestras vidas y esta decisión ya estaba tomada; pronto dejó de trabajar para convertirse en la encargada de un bar y esto nos hizo disfrutar de una vida bastante desahogada.

En ese momento el dinero y seguridad que siento me llevan a tener una vida loca.

En medio de la parranda me llega el amor. Un apuesto caballero alto, blanco y con los ojos más lindos se fija en mí, es como el príncipe azul de los cuentos. Comienza a conquistarme y tiene mucha paciencia, ya que puso sus ojos en la mujer más caprichosa y vanidosa que existe, pero se va ganando mi corazón.

Como es típico en mis gustos, para agradarme me invita a bailar, pero cuando lo veo bailar se va clavando más y más en mi corazón. Observar esos movimientos perfectos estremece mi cuerpo, y mis sucios pensamientos me hacen desear que ese bailarín sea sólo para mí.

Encantados con la noche, entre el baile y las copas, se dio una química perfecta y así, sin planearlo, este caballero me toma entre sus brazos y me da un exquisito beso que me deja totalmente sin respiración. Esos labios son lo que yo necesito, su hombría llena mi ser; la rudeza y la ternura con la que me trata erizan todo mi cuerpo.

Llegó el día en que hicimos el amor, es especial. Los dos deseamos conocernos en la intimidad. Aunque ambos habíamos experimentado este placer, estar juntos es excepcional; las mieles del amor llenan nuestras almas, nuestros encuentros se dan cada vez con más intensidad y son más placenteros, compartimos nuevas emociones y lugares, y esos momentos nos llevan al punto perfecto que sólo se da cuando hay una entrega total.

No imagino que este hombre será con el que comparta parte de mi vida, aunque es lo que más deseo. Nos vamos enamorando y pasamos unos años disfrutando de ser novios, a veces amigos y, en otras ocasiones, marido y mujer. Nuestra relación se torna más formal y decidimos vivir juntos; ya tenemos obligaciones el uno con el otro y eso ya no es tan agradable.

No sé en qué momento él sostiene otra relación y yo también; los dos tratamos de engañarnos haciéndonos creer que nuestro gran amor es inquebrantable.

En tiempo paralelo acontece algo importante en mi vida: mi hermana da a luz a su hijo, Javiercito. Le tengo especial cariño por ser mi primer sobrino. La bendición de recibir a este angelito no cabe en mi ser; en mi familia es muy querido.

Sigo con mi relación clandestina, que aunque aparentemente nadie se da cuenta, es un secreto a voces.

5

Mi embarazo

Últimamente me he sentido mal, muy mareada, tengo vómitos, estoy irritable, no sé qué me pasa. Mi mamá dice que tengo la mirada de una embarazada, pero no creo, me cuido muy bien en cada una de mis relaciones sexuales.

Mi vientre está creciendo, pero más bien creo que estoy perdiendo la dieta. No puedo estar embarazada, soy muy joven y esto no me puede estar pasando a mí.

Decidí realizarme una prueba de embarazo, de esas caseras; tengo mucho miedo, ansiedad y nervios. Dejo pasar los minutos necesarios para saber la respuesta... ¡es grande mi impresión al descubrir que dos rayas rojas aparecen en la pantalla de la prueba! Cotejo con las instrucciones y me doy cuenta de que ¡estoy embarazada!

Lejos de sentir gusto, siento coraje y pienso en cómo me fui a descuidar. Me hago mil preguntas y no pienso en que un ser humano escucha dentro de mí todos mis reproches.

¡Claro! Como siempre, la primera en enterarse es mi mamá. Veo su carita de gusto, está muy contenta. Una y otra vez me repite la dicha que siente de volver a ser abuela; en un instante comienza a buscarle el nombre, ¿qué va a estudiar?, ¿a quién se parecerá? Y así continúa con más y más preguntas. Se sorprende y se molesta cuando le expreso mi negativa ante ese embarazo. Por primera vez ella no me entiende, así que definitivamente no me apoyará en mi idea de abortar.

Me repite una y otra vez: “Eso se piensa antes de hacer las cosas, ahora ya no hay marcha atrás, así que enfrenta tu responsabilidad”, y miles de aclaraciones me hacen desistir de mi decisión, muy en contra de mi voluntad.

Hace muy poco tiempo dejé mi segunda relación, así que “se supone” que le tengo que informar a mi marido. Él ya se había dado cuenta, pues mi estado es muy notable. A pesar de saber las circunstancias en las que fue concebido este bebé, él está muy contento y recibe la noticia con cariño, aunque un poco preocupado. Sabe que todo saldrá bien y de igual manera inicia con los planes para el nuevo miembro de la familia.

Todo esto es nuevo para mí. No sé qué hacer. Todos están emocionados menos yo. Por momentos pienso que no tengo sentimientos, esto es demasiado, tengo miedo de lastimar a esta criatura que llevo en el vientre.

La noticia se corre como pólvora y todos mis amigos me felicitan; sólo respondo con una sonrisa muy fingida.

Ya pasados unos días lo puedo asimilar. Me pongo en el papel de mujer madura y todo es más claro.

Mi mamita se siente una mujer feliz, volverá a ser abuela. Todo marcha perfectamente y en su trabajo se encuentra en el mejor momento; estamos emocionados con la fiesta que le organizamos

a Javiercito, quien está a punto de cumplir un añito de vida. Todo tiene que ser perfecto, habrá que hacer las decoraciones al estilo Spider Man, su personaje favorito.

6

Detención de mi mamá

Hoy, 30 de noviembre de 2005, hay mucho movimiento en casa, mañana es el gran día de la fiesta. Todo está listo: la comida, el pastel, los dulceros, en fin. Son cerca de las ocho de la noche y mi mamá tiene que echar un vistazo al negocio, así que se dirige hacia allá. Tiene tan solo unos minutos en el lugar, cuando un operativo, dirigido por el comandante Saavedra, hace acto de presencia y, haciendo gala de su prepotencia y autoridad, realiza destrozos en el lugar. Inmediatamente se dirige hacia mi mamá, quien ahí es conocida como Adriana; la lleva a un rincón y le exige una cantidad de dinero bastante exagerada para no llevársela; ella se niega rotundamente.

Mi mamá trata de defenderse de mil maneras, pero la astucia de ese hombre sobrepasa la de cualquier probable delincuente.

A la vista de sus compañeros, de una licenciada del Ministerio Público, de clientes y gente que se asoma para ver qué sucede, el comandante sale y, en la calle, encuentra a un hombre cualquiera acompañado de su sobrino de quince años y los invita a pasar al lugar. Con toda seguridad informa a mi mamá que queda detenida por el delito de corrupción de menores, debido a que en ese momento un menor de edad estaba presente.

Él sabe que no es así porque lo armó todo, pero su victoria irradia el lugar. Procede a esposarla en compañía de otros agentes. La suben a un auto en el que es trasladada a la Procuraduría Especializada en Delitos Sexuales, donde es tratada como la peor de las delincuentes.

Al poco rato, un mesero llega a la casa y me informa de lo sucedido. Mi hermana, mi pareja y yo nos dirigimos a la “procu”. Pasamos casi toda la noche esperando noticias de mi mamá. Cerca de las diez de la mañana me dan permiso para entrar a los separos.

Puedo ver la carita de mamá, ella es muy valiente y su rostro lo refleja. Esas horribles rejas me parecen tenebrosas, es un cuarto muy oscuro y con olor fétido.

Antes que otra cosa, me pregunta: “¿Cómo estás? ¿Cómo está el bebé?” Hace miles de preguntas y recomendaciones y me pide que me vaya a casa a terminar los preparativos de la fiesta de Javiercito.

Pero ¿cómo pensar en una fiesta con esta situación?

Ella está segura de que todo pasará pronto y de que la vida debe continuar.

Comencé a hacer trámites y a buscar a los mejores abogados de Puebla. Me preocupa que no haya comido y no se haya bañado. ¿Cómo puede soportar el encierro?

La tarde llega y no la dejan salir, ya son las seis y me permiten entrar a visitarla otra vez. Me siento muy mal de ver a mi mami-ta encerrada, pues se ve derrotada. No sé por qué la gente no se da cuenta de que están cometiendo un gran error. Este cochino sistema es un monstruo del que sólo puede salir la gente que tiene dinero.

Mi cabeza está muy confundida y no entiende porqué quieren hacerle daño.

La veo y ya es muy evidente que está angustiada. Pongo todo mi empeño en darle ánimos para soportar la situación. Su mirada es muy explosiva, sabe que es hora de enfrentarse a la realidad y a la verdad a la que todos debemos enfrentarnos tarde o temprano; cambia totalmente su semblante y ya no es el león feroz, ahora sólo es un tímido gatito del cual tienen control y no hay mucho qué hacer por ella.

Le informo que no quieren darle su libertad, que el juez dictó auto de formal prisión y que será consignada al Cereso de

Huejotzingo en las próximas horas. Esto es un golpe muy duro para ella, pero toma las cosas con calma y dice que habrá que seguir luchando; su preocupación continúa puesta en la fiesta de Javiercito y me pide que cumpla con sus deseos. Me despido tratando de enlazar nuestros dedos a través de las rejas para hacerle saber que estoy con ella y me dirijo a mi casa; ya hay muchas personas que esperan dé inicio la fiesta, pues días antes fueron invitados y no todos estaban enterados de lo que había sucedido. Este festejo, lejos de parecer una fiesta, parece un funeral; en todo momento los invitados muestran su apoyo a mi pequeña familia.

Nunca hubiera imaginado lo que me faltaba por vivir. A partir de ese día mis visitas son a abogados, juzgados y testigos, en busca de algo o alguien que me pueda ayudar.

Hoy, 2 de diciembre, me levanto muy temprano para ir a visitar a mi mamá al Cereso; no sé qué llevar ni a qué hora llegar. Desayuno algo ligero y me voy a Huejotzingo a estar un rato con ella y después me retiraré. El espacio es muy frío y tiene muy mal aspecto; las mujeres del lugar nos ven con ojos de tristeza.

Los meses han transcurrido y todo permanece igual: mi mamá sigue en ese lugar, mi familia se ha distanciado, pues cada quien anda en lo suyo, mi bebé sigue creciendo, la panza cada vez es más grande y la idea de abortar se borra de mi mente; la verdad es que ya puedo sentir sus movimientos y sus pataditas y le empiezo a tomar cariño.

Estos últimos meses he tenido muchos problemas con mi pareja, nos hemos distanciado y el embarazo me tiene muy achacosa. La presión de tratar de conservar mi hogar y no querer dejar sola a mi mamá me tiene en el punto más elevado del estrés.

Por la mañana me habla temprano mi mamá muy angustiada y me informa que por parte del juzgado le notificarán que se le acumula un nuevo proceso por el delito de lenocinio y corrupción de menores... y eso ¿qué es? En mi vida había escuchado hablar de eso.

Resulta que tres mujercitas, menores de edad, la acusan de que las obligó a prostituirse. Yo me pregunto, y esto ¿cuándo fue? Y ¿quiénes son?

Me doy a la tarea de investigar sobre ellas y descubro que se trata de otra de las cochinas del mismo comandante que detuvo a mi mamá. Por cierto, fui acosada sexualmente por él, y al no acceder a ninguna de sus propuestas, esto fue lo que resultó. Para cerrar con broche de oro, uno de los tantos abogados contratados para llevar la situación jurídica de mi mamá me informa que yo también tengo una orden de aprehensión. ¿Y yo por qué? ¿Qué hice?

Estoy a un mes de aliviarme y prefiero hacerlo en un lugar tranquilo, donde mi hijo y yo podamos estar bien; así que decido dejar a mi pareja y me voy a Guadalajara a vivir con mi abuela materna y mis tíos.

7

Ángel de mi vida

Las experiencias que he tenido que vivir durante los últimos días me han hecho madurar un poco; en este momento anhelo la llegada de mi hijo.

En los ultrasonidos que me he realizado me han dicho que voy a tener una niña y me encanta la idea, pero tengo la sensación de que en mi vientre se aloja un varoncito que escucha lo que tengo planeado para él.

Creo que soy muy tonta, pero me pregunto, ¿cómo será? ¿A quién se parecerá? Tengo muchos temores, entre ellos el de no ser una buena madre, pero el día de hoy quiero hacer mi mayor esfuerzo por ser la mejor. Estoy segura de que amo a este bebé y el resto de mi vida estará dedicada a él.

Hoy, como todos los días, me despierto y acaricio mi pancita y le pregunto a mi hijo cuándo piensa salir. Le digo cuánto deseo su llegada y que necesito besarlo y abrazarlo. Él me responde con el leve movimiento de su cuerpecito.

El 24 de junio de 2006, el día realiza su recorrido y en este momento siento, dentro de mi vientre, fuertes cólicos. Volteo a ver el reloj y son las ocho y media. Imagino que ha llegado la hora de conocer a mi bebé.

Comienzo con un dolor que aumenta a cada momento, un sudor frío invade todo mi cuerpo; mi abuela ya se dio cuenta de que me siento mal. Salimos de la casa para llevarme a la maternidad en un taxi. Voy callada, tengo miedo, nervios, y entre miles de voces escucho las recomendaciones de mi abuelita: “Por favor, hija, tranquilízate. Todo va a salir bien. Acuérdate cómo debes respirar”.

Tengo muchísimo dolor, nunca imaginé que parir un hijo doliera tanto. Siento cómo mis caderas se van acomodando y pareciera como si tronaran; mi bebé se mueve demasiado. Entro por el lado de urgencias, el estado en que voy es muy evidente y los doctores me ceden el paso. Me recibe un doctor muy mal encarado y me hace que me retire la ropa. Lo veo muy tranquilo.

Me practica el tacto y ya no sé qué me duele más; puedo ver en su rostro lo insensible que es a todo esto. Me pregunta mis datos mientras escribe a máquina. De la manera más déspota me dice:

–Todas las primerizas son unas exageradas. Regresa mañana por la tarde para que te revise.

Si de algo estoy segura es de que nunca he tenido un hijo, pero esto no puede ser otra cosa que un trabajo de parto.

Salgo de esa maternidad y apenas si puedo caminar. Veo a mi abuela muy tranquila. Después de tantos partos que ha tenido, esto no es nada nuevo; ella en todo momento me tiene tomada de la mano, mostrándome su apoyo.

No aguanto más. Siento entre las piernas como si algo estuviera a punto de caer; cruzo las piernas intentando calmar mi dolor.

Le pido a mi abuelita que me lleve a otro hospital, porque quizá por tanta gente que hay en éste no me quieren aceptar. Ella me explora, mete su mano entre mis pechos y mi panza y dice: “¡Ya estás lista!”

Abordamos un taxi y le pide que nos lleve al Hospital Civil de Guadalajara. Son las diez y veinte de la noche. El taxista es una persona mayor que, en su intento por tranquilizarme, comienza a hacer una y otra pregunta y yo no puedo ni hablar, estoy totalmente bañada en sudor; me sostengo de la ventanilla y de algún lugar del sillón, el chofer lo retira hacia atrás para darme espacio y entonces comienzo a sentir los dolores más intensos. Sin querer hacerlo, pujo y pujo, y mi abuela comienza a gritarle al chofer que se apure. Grito con más fuerza y el chofer me advierte que no me vaya a aliviar ahí. El tráfico está un poco pesado y con la urgencia se pasa un alto. Un agente de tránsito empieza a seguirlo. Lo único que siento es bastante dolor y ya quiero que acabe.

No sé de qué manera logré bajarme del taxi y una camilla llegó al momento. Me pasaron a un cuarto donde sólo veo el techo y lámparas blancas. Una doctora, muy linda, me pregunta cómo me siento y me pide permiso para realizarme el tacto; me retira mi ropa con la ayuda de una enfermera y me ponen una bata azul.

Otra enfermera arrastra una lámpara muy grande hacia mí, pero la doctora dice: “No hay necesidad de hacer tacto. La cabeza del bebé ya se asoma”.

Todos corren, jalan aparatos, mueven la camilla e intentan llevarme a la sala de partos y, mientras me llevan por el pasillo, alguien dice: “No. No puje”, pero la reacción a la contracción es pujar. Por fin detienen la camilla y la doctora se pone delante de mí para recibir al bebé; lo que fueron unos segundos se me hicieron horas en medio del dolor.

Un grito sale desde lo más profundo de mi garganta, al mismo tiempo mis manos aprietan fuertemente los fierros laterales de la

camilla. El consuelo de mi dolor es cuando escucho el llanto de mi bebé e identifico que ésa es la voz de mi hijo.

Mi cuerpo ejerce una respiración profunda y lo busco con la mirada nublada; aunque mi mano está débil, la puedo levantar para recibirlo porque sigue llorando.

Lo veo lleno de sangre, ¡es precioso! Y lo único que puedo hacer es abrazarlo, le doy un beso en su frente y las lágrimas más dulces comienzan a rodar por mis mejillas. De inmediato agradezco a Dios esta bendición.

Me dice la enfermera que se lo tienen que llevar y no quiero separarme de él. Suplico que no me lo quiten, tengo miedo de perderlo, una mala sensación ronda mi corazón. La enfermera me pide que descansa y continúan con todas las actividades que se realizan después de cada parto. Me informan que su estado de salud es perfecto, su hora de nacimiento: once y cinco de la noche, tiene un peso de 3.980 kilos y mide 59 centímetros.

Demasiados pensamientos y sentimientos se conectan entre mi cabeza y mi corazón; el dolor más grande es que mi mamita no está conmigo y la necesito tanto.

Mientras me encuentro acostada descansando, le pido perdón a Dios mil veces por haber renegado de este hermoso ser que me ha regalado. No conozco de religión, pero sé que sólo un ser supremo y maravilloso puede darme la bendición de ser madre.

Inicia una nueva etapa en mi vida y disfruto cada momento de mi maternidad. Siento gran satisfacción al poder amamantar a mi hijo y llevar a cabo las actividades de una buena madre. Pienso con un poco más de sensibilidad y quiero ser honesta. La persona con la cual he compartido estos últimos años me ha aceptado con todos mis errores y me ama como yo a él, así que he decidido compartir mi maternidad con él. Regreso a San Martín Texmelucan con la ilusión de formar mi propia familia y vivir juntos el resto de nuestras vidas. Vivo el momento más feliz de mi vida, o al menos eso pienso. No creo que algo pueda empañar tanta dicha.

8

Mi detención

Un día común para cualquiera voy de visita al Cereso de Huejotzingo donde se encuentra mi mamá. Llevo a mi hijo en la carriola, camino sobre la calle Zaragoza. Tengo la sensación de que alguien me espía. Me detengo y volteo a ver a mi alrededor: no hay nada raro, así que continúo.

No sé de dónde salen cinco hombres armados que afirman ser agentes judiciales, aunque no se identifican como tales. Usando y abusando de su autoridad me someten para subirme a una camioneta; de alguna manera saco a mi hijo de la carriola y lo abrazo fuertemente. Comienzan a insultarme y a preguntarme cosas que desconozco. Ponen en marcha la camioneta en la que llegaron y la carriola queda volteada sobre la banqueta.

Llegamos a la comandancia y una mujer me informa que seré consignada al Cereso de Huejotzingo (el mismo en el que se encuentra mi mamá), así que me pide que le dé algún número telefónico para que un familiar recoja a mi hijo o será puesto a disposición del DIF; mi suegro atiende al llamado y se presenta de inmediato.

En cuanto mi suegro se retira con mi hijo, continúan los insultos, ahora acompañados de golpes. Me esposan, me suben a una camioneta blanca y toman la carretera federal que va hacia el Cereso. El trayecto transcurre en silencio, veo las calles y pienso en el tiempo que deberá pasar para volver a ver a mi hijo.

He visitado tantas veces el lugar y, sin embargo, llegar en calidad de detenida es diferente que de visita. El aspecto frío, oscuro, sigue presente, pero pasar las aduanas con la cabeza agachada y las manos esposadas es muy vergonzoso. Atravieso aquellas rejas de fierro macizo pintadas de color verde, que por cierto tienen una altura muy elevada, y eso hace más impactante la llegada.

Abren la puerta de la sección femenina, me retiran las esposas y me entregan mi uniforme. Mis ahora compañeras internas me reconocen y le gritan a mi mamá:

—¡Doña Luz, doña Luz, venga, aquí está su hija!

Esto es un golpe muy fuerte para ella, pero es muy valiente y, como siempre, toma las cosas con calma. Como todas las nuevas, soy informada de los horarios de visita, de baño y comida, pues todo lleva una disciplina.

Pasan algunos días y he valorado lo que tenía. Mi mamita se ha convertido en mi gran confidente, nos hemos hecho más amigas, hemos reforzado este lazo de madre e hija.

Continúan pasando días y días y se convierten en meses, meses que me he perdido de los logros de mi hijo: ya camina, habla un poco y no he podido estar con él. Su primer año ha sido una celebración durante un día de visita.

En este periodo de mi corta vida he podido ver que he cometido muchos errores. Quizá no ha sido mi intención lastimar a nadie, pero lo he hecho. Comienzo a hacer un balance emocional y no quiero seguir en el lado de los errores, así que decido invitar a Jesucristo a morar en mi corazón. Quiero dejar a mi propio yo fuera de mi alcance.

Hoy puedo comprender que amar a Dios no es cuestión de religión, es tener paz en tu corazón y alejarte de lo que le haga daño a tu espíritu. Le he pedido a Dios una segunda oportunidad, he elevado mis oraciones ante el trono celestial y hoy, un día antes de cumplir un año en prisión, tengo como respuesta una notificación que dice: “Con fecha de 14 de noviembre del año 2007 se procede a condenar a Adriana Palacios Aguirre por el delito de lenocinio y corrupción de menores para cumplir catorce años y seis meses de prisión y multa de quinientos días de salario mínimo”.

Todo es silencio.

Sin duda un número fácil de pronunciar, sin embargo es toda una vida. Sólo pienso en mi hijo y en qué será de él sin mí, ino tienen derecho a quitarme mis ilusiones!

Mi Dios se manifiesta en mí y me da la tranquilidad que tanto necesito; aunque mi mundo se derrumbe, me anima saber que hay una personita que me necesita.

El tiempo que llevo en prisión lo he invertido en trabajar y me he enfrascado tanto en no fallarle a mi hijo en el aspecto material, que no he tenido tiempo de llorar esta sentencia.

El príncipe azul del cual estaba tan enamorada se volvió un sapo, la verdad es que no existía tanto amor como creía y eran demasiados años como para resistir horarios, revisiones y algunas veces hasta discriminación por ser familiar de una delincuente; ahora sólo quedó un lindo recuerdo y mis oraciones para él donde quiera que esté.

La convivencia con hombres y mujeres en mi misma situación me ha hecho conocer que no todo es porquería en un penal. Si bien es cierto que hay demasiadas carencias humanas, hay gente readaptada, personas con valores y me puedo familiarizar con sus logros y sus derrotas. A final de cuentas son seres humanos que tal vez cometieron los peores delitos, pero algunos también han pagado con la soledad y la frialdad que el lugar ofrece.

Los paredones blancos de este penal albergan seres vivos y me regalan un amigo. Valoro su amistad y cariño; la inmadurez de la que es víctima lo llevó a este lugar. Mi corazón lo registra como *Fire*, no sé si algún día lo deje de ver, pues los internos de este Cereso llevamos riesgo de un traslado.

Por supuesto que ya no soy la misma chamaca que fue detenida hace más de un año. El tiempo, la distancia y el verdadero dolor han formado una mujer con deseos de superarse y con sentimientos aún más sensibles.

En un abrir y cerrar de ojos mi mamá se enamoró de un buen hombre y eso me da mucho gusto, porque es alguien tan especial como ella. La verdad no soy celosa con mi mamá, así que le doy ánimos para que acepte la relación. Un tiempo después, don Eduardo le pide que se case con él. Esto es muy lindo, sé que mi mami se merece todo.

Nos dedicamos unos meses a los preparativos de la boda. Ésta se lleva a cabo en el penal. Le otorgan todas las facilidades por parte de seguridad y custodia; son personas muy queridas y respetadas. Todo sale maravillosamente bien.

Don Eduardo se ha convertido en parte importante de nuestras vidas. Él, como mi mamá y mi hermana, me ayudaron a lograr mi sueño de hacerle una gran fiesta de tres años a mi bebé.

Llegó el día y mis preparativos son perfectos. La fiesta se realiza como la quería, sólo deseo estar con él y compartir esto juntos. Mi corazón de madre se regocija de gusto al mismo tiempo que sufre dolor.

9

Mi traslado a San Miguel

Dentro del Cereso se entiende que un traslado es un castigo para las internas. Justamente después de la fiesta de mi hijo, el día transcurrió de manera normal. A las seis y media de la tarde se realiza el cierre de dormitorio como todos los días; las labores terminan, así que me dispongo a descansar cuando, de manera brutal, se escucha atravesar el cerrojo de la puerta. “Eso de ninguna manera es normal, pues suele ocurrir cerca de las diez de la noche”, pienso.

—¿Qué pasa? —preguntan varias compañeras.

Entra la custodia y nombra a tres personas, entre ellas yo.

Mi cuerpo sabe que algo anda mal, el silencio de segundos se me hace eterno.

—Pónganse zapatos y un suéter, ¡van a salir! —ordena la custodia. No tenemos previsto salir a ningún lado, así que pregunto:

—¿A dónde vamos?

Al momento entra una mujer con el mismo uniforme negro. Sus manos juegan con unas esposas. Con voz firme dice:

–¡Apúrense, señoras!

Su nombre completo lo desconozco, solo sé que dentro de los Ceresos es conocida como *la Lola* y es la encargada de realizar los traslados.

Entiendo que mi turno ha llegado. Me duele separarme de mi mamá. No sé a dónde voy. Tengo mucho miedo. Cada vez nos apuran más. Salimos del dormitorio y, al voltear, puedo ver, a través de la pequeña ventana, las manos de mi mamá y de mis compañeras orando por nosotros.

Me revisan de todo a todo y la Lola me esposa; es tanto el nervio que siento que jamás hubiera imaginado lo que vería después de abrir la puerta. De la sección femenina sigue el área de locutorios y veo a varios compañeros en la misma situación. Pasa lista el que, supongo, es el jefe de grupo o comandante. Escucho el nombre de mi amigo *Fire*, pienso en lo mal que se sentía y lo mal que la está pasando.

El mismo señor nos advierte lo que nos puede costar pasarnos de “listos” y anuncia de qué manera se efectuará el traslado: procederán a esposar a cada uno de los que nos encontramos en el locutorio.

Al salir del Cereso, ordenan:

–¡Las manos en la nuca! ¡La cabeza agachada! ¡Caminen rápido!

Son algunas de las indicaciones que escucho entre gritos y órdenes. En momento tan desagradable no pueden impedir que sienta el aire fresco tocar mi rostro, es aire libre, son escasos segundos los que disfruto.

El traslado transcurre de manera tranquila, aunque no sé adónde voy a llegar, estoy asimilando la situación.

Siento el tiempo pasar con lentitud antes de enfrentarme a lo desconocido. Mi estómago se voltea de un lado a otro. Al bajar del autobús un frío intenso cala mis huesos.

No puedo recordar cuántos custodios forman una valla hacia lo que creo que es la aduana de ingreso, pero son muchos.

La Lola me entrega a una custodia, le da unos papeles, hablan en voz baja.

La Lola me dice:

–Hasta aquí llegamos, te dejo en tu nueva casa. ¡Suerte!

Me quita las esposas y se va.

Me realizan el dictamen médico; al terminar, otra custodia me lleva a otra revisión. Hay demasiada luz en ese pequeño cuarto. Al salir me conduce por un pasillo; lo veo largo, las paredes blancas con franjas verdes y el techo lleno de lámparas.

Camino; mientras medito, llego a otra aduana custodiada por dos oficiales. Me preguntan todos mis datos, me abren otra reja y camino por un pasillo aún más largo; éste parece más bien un túnel muy frío y tenebroso. A mi izquierda veo rejas y en la parte de arriba tienen un número y dice: Juzgado.

Llego a otra aduana, la de sección femenina, vuelvo a dar mis datos y, al abrir la reja, veo algo muy diferente a lo que esperaba. Me recibe un jardín precioso y el hermoso cantar de los grillos, pues ya es de madrugada; la brisa me saluda. En ese momento mis miedos quedan atrás de esa reja, las instalaciones no son lo tenebroso que esperaba, por el contrario: hay jardines y están bien podados y ¡hay rosales!, canchas, y todo se ve muy limpio y es muy grande. Tengo que hacer forzosamente la comparación entre el Cereso de Huejotzingo y éste de Puebla, y hoy puedo asegurar que llegué a la libertad.

Me dan ropa *beige* que, a partir de hoy, es mi uniforme. Me asignan un dormitorio y otra vez a empezar. Ya sé que hay que portarse bien, ser obediente y muchas cosas que me ayudan a sobrellevarla aquí.

Al día siguiente me llevan a una oficina que se llama Dactiloscopia. Ahí nuevamente toman mis datos, fotografías de perfil izquierdo y derecho, así como cicatrices y tatuajes.

De verdad este lugar es muy diferente al que imaginé. El encierro siempre es igual, pero creo que no la voy a pasar tan mal. Hay

muchas mujeres, pero ninguna tiene el aspecto de ser maleante, por el contrario, todas tienen sentimientos muy lindos.

10

Mis reflexiones y expectativas

He empezado a trabajar haciendo cosas y creo que aprendí mucho de mi mamá. Mi buena actitud se ha mostrado con las custodias y se han dado cuenta de que no soy una “chica mala”. Tengo la oportunidad de recibir una llamada por semana que casi siempre es de mi mamá. No había pasado ni un mes de mi traslado a este Cereso de Puebla, cuando a mi mamá y a don Eduardo también los trasladaron al Cereso de Huauchinango.

No hay realmente un justificante. Esto me pone muy mal porque no puedo entender a quién le hicimos daño para que se ensañara con nosotros de esta manera y que, además, nos separara. Los extraño mucho a los dos, a mi mamá la adoro y a don Eduardo le tengo un especial cariño; él no ha llenado el hueco que dejó mi papá cuando se fue. Él ha formado su propio lugar dentro de mi corazón, además de que el gran amor que le tiene a mi mamá, la atención y los cuidados, sólo se los pagará Dios.

Los meses han transcurrido de manera normal y no hay mayor problema. Me he puesto las pilas y me he dedicado a tomar cursos, talleres de manualidades, y me inscribí en la prepa y deseo terminarla. Y lo que es más importante: tengo la oportunidad de asistir al taller de literatura los viernes. La experiencia me ha pulido de tal manera que, a veces, ni yo creo lo que he podido hacer con la pluma y el papel. Mi tallerista ha sido muy paciente. Ella insiste en ayudarnos a liberar las cargas negativas que seguimos arrastrando.

Nunca he sentido tanto dolor dentro de mí como la mañana del 11 de diciembre de 2009. Desperté muy temprano con el

sentimiento de haberme quedado un día antes con la comida que le preparé a mi hermanita para la visita que me haría y no llegó; marqué a su celular y estaba fuera de servicio. Me bañé y salí del dormitorio después del cambio de turno.

Varias compañeras me mostraban apoyo haciendo comentarios que no lograba entender hasta que alguien me dijo:

–No te preocupes por tu hermana, pon las cosas en manos de Dios y Él hará la obra.

Seguía sin entender y pregunté:

–¿Qué tiene que ver mi hermana?

–¿Qué no has visto las noticias?

–No –respondí–, ¿qué pasó en las noticias?

Los rostros de algunas compañeras mostraban risas burlonas, y otras, una profunda tristeza.

Rápidamente caminé hacia la televisión, la encendí y busqué el canal de las noticias locales. En ese momento pasaban muchos conocidos. Sentí mi cuerpo adormecido cuando vi que mi hermana aparecía en la parte central de la pantalla, la barra informativa decía: “Detienen a peligrosos delincuentes”. Éste ha sido el golpe más duro que he recibido, nada había sido tan fuerte como enterarme de que mi hermanita estaba detenida, le imputaron bastantes delitos y ya no creo en la justicia del hombre; han fallado tanto que lo peor que existe es el sistema legislativo.

Por favor, ¿quién puso estas leyes tan duras?

Creí que en mucho tiempo no volvería a verla, sin embargo he tenido fe en un Dios vivo que promete no desampararme; me he puesto en la brecha para interceder por mi familia y confío con todas mis fuerzas en Cristo.

A partir de esa fecha todo fue más difícil, ella era mi gran apoyo. Sé que conocer por dentro el sistema penitenciario será duro, porque no le gusta obedecer ni acatar órdenes ni horarios.

¡Cómo le he pedido perdón a Dios por todos mis errores! Y cuando creo que estoy tomada de su mano, suceden cosas que me

hacen querer desistir. Sé que son sus brazos los que me apapachan y sé que me tiene que renovar y eso duele y duele mucho.

La pareja de mi hermana es una buena persona y la ha apoyado en todo momento.

Este acontecimiento me ha dejado herido el corazón, he tratado de estar cerca de Dios, he orado y con toda sinceridad le he pedido la libertad de ella a cambio de que me cobre a mí cualquier deuda.

Estoy segura de que si la oración es sincera, él es fiel y justo para perdonar. Él, en su infinito amor, inclinó su oído hacia mí y escuchó mis súplicas: tan solo cuatro meses pasaron para que volviera a besar y a abrazar a mi hermanita. La encontraron totalmente inocente y así obtuvo su libertad.

La noticia la recibí el viernes 21 de abril, cerca del mediodía, mientras estaba en la clase de literatura. Vocearon mi nombre anunciando que era llamada telefónica. Salí de la biblioteca, estaba segura de que era llamada de mi mamá, así que me apresuré. Descolgué la bocina y, como siempre, un dulce saludo de ella inició la conversación. Después me preguntó:

–¿Estás bien?

–Sí –contesté.

–¡Pues agárrate que te voy a dar un notición!

–¿Qué pasó? –insistí.

–Ayer en la noche tu hermanita salió libre.

No pude continuar la conversación, mi corazón se llenó de gozo y no cabía de felicidad; comencé a llorar de la emoción.

Al colgar regresé a mi clase, donde mis compañeras y mi talle-rista, Mónica, me mostraron su apoyo.

Sin duda mi hermana ha sido causante de mi mayor dolor y de mi mayor gusto.

Realmente fui sincera al pedirle a Dios que le diera su libertad a cambio de la mía; he visto su misericordia en mi vida, le agradezco la bendición de la familia que me regaló y el amor que ha puesto en sus corazones.

Ya no recuerdo hace cuántos años dejé de ver a mi papá y hace poco recibí la noticia de que ya está en México.

Tengo curiosidad de volver a verlo, aunque realmente no sé lo que siento. Mi mamita ha sabido ser una excelente madre y padre, y mi corazón no registra la ausencia de esa figura.

Ya tengo cuatro años en este lugar y, la verdad, el día de hoy puedo compartir a través de estas palabras que he tenido bastantes cambios en mi forma de vivir y de pensar. Puedo dar gracias a Dios por mantenerme vigente en sus planes.

Con sabor agridulce recuerdo mi vida y me arrepiento de muchas cosas; quizás en algún momento lastimé a alguien.

El presente que vivo ya no es doloroso, hago las cosas que quiero hacer, he conocido la madurez y el verdadero amor, el más limpio y desinteresado. Amo a mi mamá Luz, a don Eduardo, a mi amiga y hermana Claudia, a mi hermano Rogelio, a mis sobrinos Javier y Franco y, por supuesto, a la alegría de mi vida, mi hijo Ángel, quien es inspiración de éste y de muchos otros pensamientos.

TU PRESENCIA AUSENTE

Sentada en el escalón del medio patio,
sin poder evitarlo, la melancolía
comenzó a invadir mi ser.
Transcurrieron las vivencias más agradables
en la película que rueda mi mente.

Volteé la mirada al cielo
y vi tus hermosos ojos brillar como los luceros.
Tu mirada dulce me hizo sentir tu cariño.
Enseguida vi la luna...
un cuarto menguante mostraba tu sonrisa
siempre alegre y con la advertencia de nunca
borrarla.

En ese momento tus brazos apretaron fuertemente mi cuerpo, con el apoyo del aire fresco que rodeó todo mi ser. Mientras tus manitas acarician mis mejillas, prometes estar conmigo siempre.

Mis lágrimas comenzaron a rodar sobre mi rostro, cuando escuché tu voz en el silencio de la noche y sentí latir tu corazón cerca del mío al ritmo del cantar de los grillos.

Magnífica noche, en tu presencia estoy, segura de que mientras la distancia sea más grande en kilómetros, nuestro amor avanza y llega al infinito.

Estoy segura de que Dios conoce mi corazón y sabe que no cometí ningún delito. Quizá su pensamiento sea que tome una lección de vida. Sé que en algún momento él tomará el sufrimiento que tengo y lo convertirá en alegría; los años que he estado separada de mi hijo los multiplicará con la prosperidad de la familia que tendré. Tanto mi hijo como yo deseamos una bebecita de nuestra sangre, pero todo tiene un tiempo y esa criatura llegará a formarse en mi vientre cuando Dios así lo permita.

Anhele tanto el día de mi salida y por fe declaro que ésta será pronto, deseo volver a vivir en libertad y estar con mi familia al servicio de Dios.

Ahora que volví a estar con mi papá, me doy cuenta de que todos tenemos errores, pero para eso somos familia, para estar juntos, apoyándonos. Quiero mantenerlo cerca de ahora en adelante. No soy nadie para juzgarlo y esperararía que él tampoco me juzgue.

Mi mamita siempre ha sido luchona y autosuficiente, siempre saldrá ganadora, Cristo vive en su corazón.

El papá de mi hijo es una buena persona que también, como yo, rehará su vida y eso se merece.

¡Gracias, Dios!

Por permitirme vivir gozando de tu presencia.

Gracias por darme la bendición de ser madre de un hermoso ángel, por darle salud e integridad.

Por permitirme recibir mis alimentos todos los días.

Por bendecir los pasos de mis hermanos y poner gente buena en mi camino.

¡Gracias, mi Señor, por este día!

Te amo, Dios.

Centro de Readaptación Social de San Miguel
Puebla, Puebla